

Y puesto que Massis insiste irónicamente para conocer mi opinión sobre el gobierno de mañana, le diré claramente que lo aplaudo con todo mi corazón; y que León Blum, con las eminentes cualidades que le reconocía ayer, cualidades que no han hecho sino aumentar, me parece perfectamente calificado para llevar a buen término esta empresa, muy difícil—para el mayor contentamiento de la mayoría y el más alto honor de Francia.

(De "Columna". Uruguay).

300.000.000 de Víctimas

P o r B . S A N I N C A N O

LA humanidad se complace en ser estúpida y en mostrarlo estrepitosamente. Nada señala mejor la miseria intelectual de la especie humana que la sucesión continua de guerras de que se compone su historia y el respeto que inspira al través de las generaciones, en anales escritos por personas o entidades interesadas en desvirtuar la verdad, los hombres cuya sola virtud consistió en matar a otros, sin darse en muchas ocasiones cuenta de los motivos a que obedecía la matanza. La historia está llena de héroes, la mayor parte de los cuales habrían tenido vergüenza de sí mismos al ejercitar la acción heroica, si en ese momento hubiera caído sobre ella la luz del conocimiento. El hombre nacido y educado para la guerra enajena parte de sus potencias intelectivas al aceptar la condición en que le ponen el imperialismo de nuestros días, el odio de razas enconado por publicaciones criminales y por gobiernos sin conciencia; pero la guerra efectiva, la necesidad de defenderse de un enemigo provocado o inconsciente anula toda capacidad de raciocinio, y la estupidez, sin dejar de ser criminal, se torna ridícula.

En la inútil carnicería empeñada en 1914 por gobiernos que no tenían en verdad enemistad ninguna, los unos contra los otros y que inventaron la guerra para desviar las corrientes de reivindicación popular; en la degollina de 1914, digo, los aliados se quejaban amargamente de que Alemania apoyase a Turquía en sus degollaciones de armenios indefensos. Toda la Europa y toda la América que estaban en armas contra Alemania o que simpatizaban con los aliados contaban entre sollozos y frases de reprobación caldeadas por el fuego cristiano, el número de armenios pacíficos pasados a cuchillo por el turco, enemigo tradicional de la civilización. Los diarios ingleses y franceses que daban cuenta de estas atrocidades imputables al carnicero osmanlí, relataban en sus mismas ediciones, con maligna complacencia y sin percatarse de la monstruosa contradicción, que una flotilla de aeroplanos equipada por los

aliados había escogido la procesión del Córpus en la ciudad católica de Carlsruhe para dejar caer bombas sobre los inermes devotos, y matar mujeres, ancianos, niños, hombres fuera de combate, en el día más solemne de la confesión católica. Los alemanes de su lado se quejaban de estas barbaridades y para probar que en capacidad destructora y en intensidad de odio no les iban en zaga a sus aliados, meditaron un momento sobre la manera de causar consternación y mantener vivos los odios de raza matando gentes inermes en Inglaterra. Destruir templos ingleses o bombardearlos era labor inútil, porque la concurrencia es allí escasa. Además de eso, se corría el peligro de hacerle un favor a la comunidad destruyendo en Londres templos que merecen ser destruidos y que el tradicionalismo y la superstición no han dejado demoler todavía.

Algún psicólogo alemán de excepcional penetración, descubrió que en Inglaterra la religión cristiana y sus ritos modestos o suntuosos, según la secta, habían sido reemplazados por la superstición del sport y por los ejercicios físicos. Atacar la religión en Inglaterra o desacreditarla o burlarse de sus fieles no lastima el sentimiento público. En Hyde Park hay semanalmente oradores encargados de probar históricamente o por medio del simple raciocinio que, como decía Gibbons, "para los ignorantes todas las religiones son verdaderas, para los gobiernos todas son útiles y para el sabio todas son falsas". De modo que para vengar la injuria de Carlsruhe no era competente destruir las iglesias, sino intentar contra el sport. Con ese fin 25 aeroplanos vinieron a Londres en un luminoso día sábado de septiembre, en 1917, a dejar caer bombas sobre los empleados públicos, sobre la burocracia financiera y bancaria que esperaba en la estación de Liverpool Street los trenes que habían de llevarla a las canchas de tennis, a las carreras de fin de semana, a los clubs de golf y de football a cumplir religiosamente con los deberes de oficiante convencido o de espectador reverente. Y la multitud que se perdía en las callejuelas de la City, atronadas las orejas con el ruido de las detonaciones y oprimido el corazón con la expectativa de una muerte posible, no se acordaba de que en Carlsruhe habían sido sacrificados sin misericordia los fieles de un rito más antiguo, pero, en sentir de los fugitivos, no más verdadero. Tampoco le ocurrió a nadie pensar que las matanzas de armenios en Oriente pudieran compararse con el sacrificio de gentes indefensas en Europa. Los turcos alegaban diferencia de credo y los aliados y alemanes profesaban la misma religión.

La razón no iluminaba ni a unos ni a otros para hacerles sentir la inutilidad de la carnicería: la estupidez de los odios raciales: la enorme desproporción entre los esfuerzos que exige una guerra y los resultados que suele obtener el vencedor. Hoy mismo, después de que la experiencia ha probado a vencedores y vencidos que la guerra es la bancarrota material y moral de las naciones beligerantes, los antiguos predicadores del desastre continúan en el uso de la palabra, re-

comendando la prudencia del que vive armado, con el fusil al brazo, la pólvora seca y el guante de acero pulido en la diestra amenazante. Los romanos, pueblo conquistador, nación de soldados y juristas idearon el pasaje de Jano. Consideraban la guerra como una penosa necesidad y honraban al magistrado que sabía mantener cerradas las puertas de aquella galería. Los estadistas del siglo XX insisten en considerar la guerra como una necesidad para la cual es preciso vivir preparados de día y de noche. Antes de 1914 había quien sostuviese que la guerra era una necesidad biológica de la especie humana. Más prácticos o más mezquinos, otros sostenían que la guerra era un negocio excelente y ponían como ejemplo las tres campañas predatorias de Bismarck.

Que sea una necesidad biológica no es sostenible ya ni del punto de vista de la zoología antediluviana; que sea un negocio apenas habrá quien se atreva a creerlo en Francia, en Alemania, en Rusia; que es una positiva calamidad, lo reconocen trescientos millones de víctimas. Sin embargo, no faltan quienes esperan en la guerra para la satisfacción de ambiciones personales. Son los eternos enemigos del género humano.

Memorable Audición del Coro de la Universidad

Por SALOMON KAHAN

Si a alguien le espera una sorpresa, es preferible que ésta sea agradable, y si algo ha de asombrarle a uno, es mejor que su asombro sea en el sentido positivo. Este fue nuestro afortunado caso respecto a la audición —mejor dicho su última parte— de música coral romántica, que ofreciera anteanoche, en el Anfiteatro Bolívar, el Coro de la Universidad, bajo la dirección de su director permanente, señor Juan Diego Tercero.

La sorpresa se refiere a la puntualidad, y el asombro a la ejecución e interpretación. Acostumbrados a la tradicional impuntualidad con que hasta ahora comenzaban los conciertos orquestales de la Universidad, llegamos a una hora que creíamos buena según aquellos moldes, pero cuán ha sido nuestra sorpresa, al encontrarnos con que en aquellos momentos llegaba a su fin la primera mitad del programa. Por mucho que sentimos no haber escuchado la ejecución de los números de Schubert y Schumann —ejecuciones que, a decir de algunos colegas, fueron, artísticamente, algo muy digno de tomarse en cuenta— felicitamos al Departamento de Acción Social de la Universidad por esta su contribución al mejo-

ramiento cultural del ambiente, pues la puntualidad en cualquier orden de actividades, es indudablemente un signo de cultura. Sólo deseamos que también tratándose de los conciertos de la Orquesta, éstos comiencen exactamente a la hora indicada en los programas.

Nuestro asombro fue provocado por el progreso, en verdad notable, que como agrupación artística revelara el Coro de la Universidad a la hora de cantar los inmortales "Liebesliederwalzer", los "Valse-Cantos Amorosos" de Brahms.

Hablamos de asombro, pues por lo que va de este año, el Coro de la Universidad, del que ya fuese en el Anfiteatro, ya fuese a través del radio, oímos todos los conciertos, no nos tenía acostumbrados a semejante expansión artística, a tanta exuberancia emocional, a tanta plenitud y vitalidad en la ejecución de cada compás.

Bajo la dirección del maestro Tercero, este Coro no salía hasta ahora de lo que llamaríamos ejecuciones simplemente "correctas". Teníamos la impresión de que el director iba cayendo víctima de cierto "academicismo" que le vedaba ahondar en el contenido poético de las obras que hacía cantar a su conjunto; que al maestro Tercero le satisfacía la parte técnico-mecánica de la labor coral en sí misma. En una palabra, nos parecía encontrarlo menos fogoso como temperamento musical de lo que lo creíamos en otros tiempos. Con paciencia esperábamos la oportunidad de poder rectificar aquella persistente impresión.

Al fin llegó. La labor del Coro en la bellísima, pero también difficilísima obra de Brahms, fue desde todos los puntos de vista algo que impresionaba al oyente, proporcionándole instantes del más puro arte y deleitándole con la fidelidad interpretativa de los ejecutantes.

Las líneas que siguen, explicarán al lector el género de belleza que constituye la serie de "Valse-Cantos Amorosos", y así, al darse cuenta de las dificultades que esta joya musical de Brahms ofrece a sus ejecutantes-intérpretes, participará del entusiasmo que fue apoderándose de nosotros en el Anfiteatro, a medida que avanzaba la ejecución.

* * *

Se trata de amor. "Una historia vieja que sigue siendo siempre nueva", que dijera Heine.

Después de lo que han dicho sobre este asunto los grandes clásicos de la poesía y de la música, nada nuevo se puede agregar ya. Ahora, cuando del tema de amor se trata, sea en poesía o en la música, no preguntamos qué de nuevo nos dice el autor, sino sentimos curiosidad por saber cómo lo dice.

El poeta alemán Daumer y el genial compositor del "Réquiem alemán" unieron sus musas para hablar del amor, de una manera encantadoramente graciosa, en la que lo teutónico parece ceder su lugar para que se respire el perfume espiritual del Mediterráneo.

Para el texto de los cortos pero vivaces poemas de Daumer, escribió Brahms música para